

Murió José María Valverde

Hace ya cinco o seis años que el mundo de la filosofía comenzó a interesarme más allá de los márgenes que impone la vida académica, y va a hacer pronto diez años que escribo poesía; pues bien, durante todo este periplo de aprendizaje me crucé varias veces con el nombre de José María Valverde deambulando en el paisaje azul de los libros que he recorrido. Yo lo desconocía todo de él, supe que era extremeño mucho después de haberle leído, casi por casualidad. Entiendo que sentirse orgulloso de alguien por el hecho de haber nacido en la misma provincia carece, hasta cierto punto, de sentido; no obstante, mi admiración hacia José María Valverde quise ubicarla dentro del marco en que se colocan las mentes privilegiadas, pero con la añadidura de que esa mente contempló y se hizo en una realidad social y paisajística cercana y familiar.

El primer contacto con su nombre lo tuve a través de los libros que sobre las vidas de filósofos como Nietzsche y Wittgenstein me entretuve leyendo, y en cuyos prólogos encontré, a menudo, referencias a Valverde, en las que autores nacionales o internacionales le agradecían su colaboración o mencionaban sus libros; más adelante tuve ya la oportunidad de leer un ensayo sobre el propio Nietzsche y su particular visión de la filosofía. Pero mis coincidencias con Valverde se adentraban más allá del mundo de aquel mundo, y, casi también por casualidad, llegó a mis manos un libro suyo de poemas titulado *Poesías Reunidas 1945-1990*, y el contacto fue instantáneo. Desacostumbrado a esta faceta suya me asombró comprobar que él se consideraba, por encima de cualquier otra cosa, poeta, y que sobre cualquier otra cualidad artística ésta sobre-

salía en él particularmente. Tenía una forma singular de hacer poesía, no le daba miedo utilizar el verso para referirse a los temas más heterodoxos, ni temía que algunos de esos temas pudieran dar como resultado, en una primera lectura, una visión más ensayística, casi, que poética; me sorprendían sus profundos conocimientos literarios plasmados en estudios como el realizado sobre la figura de Azorín (1971) o la de Antonio Machado (1975), y más aún ver su nombre en empresas colo-sales y rigurosas como la *Historia de la Literatura Universal*, más de nueve tomos realizados todos ellos en colaboración con Martín de Riquer, y que a menudo he consultado con una mezcla de satisfacción y asombro. Así pues, José María Valverde dejó ya de sorprenderme; me esperaba de él cualquier cosa: desde ver artículos suyos en ejemplares de la primera época de la revista *Alcántara*, hasta encontrar disertaciones sobre su vida realizadas por personajes de la talla de Torrente Ballester, José Luis Cano o el Nobel Vicente Aleixandre. Con la reciente noticia de su muerte los extremeños, en particular, hemos pues perdido no sólo a un hombre excepcional, sino, probablemente, a uno de los personajes que más ha trascendido de cuantos nacieron en esta provincia. Considero, por ello, necesario, que, aunque apremiado por las fechas y las circunstancias, realicemos un breve recorrido por la vida y obra de José María Valverde.

José María Valverde nació, como ya dije, en Extremadura, concretamente en Valencia de Alcántara, en 1926, si bien su estancia en dicha localidad no fue larga, ya que se crió y estudió en Madrid, en donde comenzó a escribir poesía, según sus propias palabras, hacia los trece o catorce años. En ese acercamiento a la poesía debió tener una importancia fundamental la extensa biblioteca que poseía su padre y que le permitió acercarse a figuras como Rubén Darío, Juan Ramón Jiménez, Baudelaire, Verlaine y Antonio Machado, que forjaron, sin duda, en él un cierto espíritu romántico y soñador, complementado con las posteriores lecturas de los autores del 27, que abrieron su creatividad a espacios más imaginativos.

Su primer libro, es un libro de poemas, data de 1945 y se llamó *Hombre de Dios*. Su predilección hacia los temas religiosos aparece ya en su primera obra y sería, como ya veremos, una constante en buena parte de su obra; no en vano el escritor Francisco Umbral llamaba a José María Valverde «el Sócrates cristiano». A pesar de su juventud, Valverde

consiguió con este primer libro un éxito sorprendente y que tardaría tiempo en repetir. A pesar de tratarse de poemas que fueron escritos en su mayoría con apenas diecisiete o dieciocho años, alguno de ellos fueron siempre considerados por el autor como de los mejores que había escrito nunca, algo paradójico dada la tendencia de los escritores a alejarse de sus primeras obras. La crítica recibe bien este libro y automáticamente pasan a englobar a su autor en la primera generación de la post-guerra, junto a nombres como los de Panero, Rosales o Vivanco.

Cuatro años después José María Valverde publicó el libro *La Espera*, en donde resulta destacable la influencia que sobre él ejercen los escritores sudamericanos, sobre todo Vallejo y Neruda, con su peculiar visión de las cosas pequeñas y del ritmo, influencia que debemos reseñar de manera especialmente positiva, ya que de no ser por este feliz descubrimiento —y siempre en palabras del autor— habría abandonado seguramente la poesía por aquellos años. Al propio Vicente Aleixandre le resultó evidente esta influencia, hasta el punto de que en sus *Obras Completas* dijo de él que al conocerle pensó que se trataba de un poeta hispanoamericano que llevaba en sus venas la roja sangre rica del Arauco o, acaso, la de los mezclados caudales de la altiplanicie de la Gran Colombia.

La pasión que José María Valverde siente por la poesía pasa, por esta misma época, a ser compartida con la filosofía, finalizando en la Universidad de Madrid sus estudios filosóficos con una tesis doctoral sobre el poético fundador de la filosofía del lenguaje, Wilhelm von Humboldt, y cuyo contexto pone bien a las claras cuáles eran las preferencias temáticas del autor. Esta especialización en la filosofía del lenguaje explicaría su profunda investigación posterior de las obras del austriaco Wittgenstein y del inglés Russell, así como una irremediable influencia formal que se plasma en su tercer libro de poemas llamado *Versos del Domingo* (1954) y en donde queda patente esta evolución.

Entre los años 50 y 55 José María Valverde vive, por motivos laborales, en Italia, en donde contrae matrimonio con Pilar-Hedy Gefaell en 1952 y en donde nacen dos de sus cinco hijos. Pero la estancia en Italia ha de servirle además como un alejamiento de la realidad grisácea que por aquel entonces dominaba el ámbito nacional, pasando a tener un conocimiento mucho más amplio y real tanto de la actualidad mundial como de las corrientes artísticas que dominan por aquel entonces el

panorama cultural europeo. Con todo ello, Valverde pasa a realizar una poesía más visual y expresiva que supone un distanciamiento a sus etapas anteriores y que, según el autor, le valió que muchos de los que aplaudieron sus versos de adolescente le borrarán ahora de sus listas. Del mismo modo, sus poemas comienzan a contener una estructura más compleja: poemas más largos y generalmente a dos voces. Eran, por tanto, un tipo de poemas que se prestaban difícilmente a ser extraídos de su contexto original; no eran, por ello, fácilmente recopilables en antologías.

De regreso a España comienza a impartir la cátedra de Estética en la Universidad de Barcelona, publicando en 1959 el libro *Voces y acompañamiento para San Mateo*, en donde el autor pasa a recrearse en la lectura del Evangelio como contrapunto, consuelo y estímulo, según él, en medio del apagado vivir diario. Resulta curioso que del mismo modo que el autor se entregara en esta época a comentar pasajes del Evangelio de San Mateo, hiciese lo mismo posteriormente con los escritos de alguien tan, en principio, alejado de los preceptos evangélicos como Nietzsche. Su *Profundización en los Evangelios* le lleva poco tiempo después a realizar una tarea en la que se muestra igualmente brillante y que a partir de entonces ya no abandonaría más: la de traductor, y así, al calor de la tarea emprendida por entonces por el Concilio, se encarga de traducir los evangelios a la lengua diaria y corriente, cual si fuera un nuevo Juan de Mairena machadiano, publicando en 1960 el libro *Las Buenas Noticias del Reino de Dios*.

Su siguiente escala evolutiva le lleva a preocuparse mucho más por la realidad social en la que habita, dejándose llevar por la corriente de una poesía social que en él tiene como culminación el libro *Años inciertos*, compuesto de poemas breves y que plasman la progresiva radicalización del pensamiento de José María Valverde, que le lleva a romper su vínculo externo y administrativo con la Universidad de Barcelona, de la que se aleja temporalmente en 1965 para empezar, según el autor, desde cero, ya sin cátedras ni pedestales. Sin embargo, la falta de recursos económicos le obliga a retornar a la enseñanza, iniciando con su familia un periplo que le lleva, en primer lugar, a Estados Unidos y, posteriormente, a Canadá, impartiendo clase como profesor de español en el extranjero y entregándose a la escritura de ensayos en verso, estilo que, según Valverde, era su predilecto.

En 1977 regresa definitivamente a España, a su antigua cátedra de Estética en la Universidad de Barcelona, puesto del que ya no se movería más hasta su muerte.

Durante todo este tiempo José María Valverde se ha caracterizado por ser un autor polifacético, y así, dejando a un lado su obra poética a la que ya nos hemos referido, realiza libros de Historia y Crítica Literaria, como la ya aludida *Historia de la Literatura Universal* (obra que inició en 1957); también dirige la realización de antologías como la dedicada a poetas españoles y sudamericanos, o a autores como Unamuno. Del mismo modo escribe numerosos artículos y ensayos de carácter filosófico como, por ejemplo, el libro *Nietzsche, de filólogo a Anticristo*, o se entrega a su excelente labor de traductor de literatura inglesa y alemana con obras de la talla del *Ulises*, de Joyce, o el *Teatro completo*, de Shakespeare. Todo ello alternado con su participación en revistas literarias como *Garcilaso*, *Proel*, *El Ciervo* o *Alcántara*.

Sirva, pues, esta evocación de la figura de José María Valverde como un pequeño homenaje que la revista *Alcántara* brinda a la obra de un hombre que supo dejar su huella calladamente en las profundas aguas del pensamiento y la belleza.

ANTONIO JESÚS GONZÁLEZ PRADO